

Fragmentos presocráticos de Tales a Demócrito

Introducción, traducción y notas
de Alberto Bernabé



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1988
Segunda edición ampliada: 2001
Tercera edición, primera con el título «Fragmentos presocráticos»: 2008
Cuarta edición: 2016
Sexta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción, introducción y notas: Alberto Bernabé Pajares
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1988, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-220-4
Depósito legal: M. 31.011-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Nota a la segunda edición
- 13 Introducción

- 51 Fragmentos presocráticos
- 53 Tales de Mileto
- 61 Anaximadro de Mileto
- 73 Anaxímenes de Mileto
- 84 Los pitagóricos
- 107 Alcmeón de Crotona
- 115 Jenófanes de Colofón
- 135 Heráclito de Éfeso
- 171 Parménides de Elea
- 197 Zenón de Elea
- 207 Meliso de Samos
- 216 Empédocles de Acragante
- 290 Anaxágoras de Clazómenas
- 313 Diógenes de Apolonia
- 326 Los primeros atomistas

- 383 Apéndices
- 385 1. Nuevos fragmentos de Heráclito de Éfeso
- 387 2. El Empédocles de Estrasburgo
- 404 3. El Papiro de Derveni

- 444 Bibliografía
- 466 Tabla de concordancias entre la numeración de fragmentos de Diels y Kranz y la de este libro

*A mi padre, dotado como pocos para
enseñar Matemáticas, por el que conocí
a Tales de Mileto y tantas otras cosas,
en prueba de cariño y gratitud
por lo mucho que le debo.*

οὔτε τέχνη οὔτε σοφίη ἐφικτόν,
ἦν μὴ μάθη τις

Demócrito, fr. 59

Nota a la segunda edición

En esta edición he hecho ligeras correcciones de estilo y erratas y he añadido varios apéndices que contienen novedades fundamentales para el conocimiento de los filósofos presocráticos. El primero, con dos nuevos fragmentos de Heráclito; el segundo, con el extenso y novedoso texto perteneciente al poema *Acerca de la naturaleza* de Empédocles aportado por el hallazgo y publicación del *Papiro de Estrasburgo*; y el tercero, con un comentario sobre una teogonía órfica antigua hecho con la metodología de los últimos presocráticos, contenido en el *Papiro de Derveni*. La bibliografía, que ha sido considerablemente actualizada, aparece ahora al final de la obra.

A. B.
Madrid, enero de 2001.

Introducción

1. Validez del término «filósofos presocráticos»

La tradición ha consagrado el término «filósofos presocráticos» para referirse a un grupo de pensadores griegos, encuadrados entre las postrimerías del siglo VII hasta bien entrado el V a. C. Su condición de «filósofos» los separaría de los poetas o de los autores de lo que podríamos llamar «pura literatura», en la idea de que organizaron unas formas de pensamiento ya no míticas, sino racionales, para dar cuenta del origen y configuración del mundo. En cuanto a su calificación como «presocráticos», pondría de relieve la idea de que Sócrates habría desplazado el centro de interés de la filosofía desde el mundo hacia el hombre. Como todas las generalizaciones, es ésta una verdad a medias o, al menos, que requiere matizaciones. En principio, aplicarles el término «filósofos» resulta un tanto anacrónico, a menos que lo enten-

damos en el sentido etimológico del término («amantes del saber») y no en el que le damos en nuestro tiempo. En las épocas a que nos referimos la filosofía no se deslindaba con claridad ni de la religión ni de lo que hoy llamamos «ciencias». Por el contrario, no es menos cierto que tocaron temas estrictamente «filosóficos» otros autores, como los líricos arcaicos e incluso los épicos, es decir, aquellos de los que se pretende separar a los llamados «filósofos presocráticos».

Por otra parte, falla incluso la validez cronológica del término «presocráticos», ya que algunos de ellos (como Diógenes de Apolonia o Demócrito) son contemporáneos y no anteriores a Sócrates.

Con todo, convencional o no, el hecho es que el término ha quedado ya consagrado y no de una forma tan arbitraria como cabría pensar por lo que acabo de decir. Estos pensadores constituyen un grupo relativamente homogéneo y unitario dentro de la historia de la filosofía, con una serie de características comunes, y se ocuparon de temas similares, a los que cada uno fue dando soluciones diversas y, en ocasiones, totalmente antitéticas. Despiertan principalmente nuestro interés porque crearon una nueva actitud racional ante la explicación del mundo que, pese al tiempo transcurrido y a la evidente evolución de las ideas, sigue siendo básicamente la del hombre moderno, razón por la cual no han perdido su atractivo —que, antes bien, no ha hecho sino acrecentarse en los últimos años—, por diferentes que sean sus respuestas a las que podemos dar en nuestro tiempo.

2. Cómo han llegado hasta nosotros las ideas de los presocráticos

Frente a obras como las de Platón y Aristóteles, de las que la antigüedad conservó un copioso legado, las de los presocráticos no consiguieron atravesar indemnes las largas vicisitudes propias de la transmisión de toda la literatura griega antigua. Bastó que en un determinado período el interés de las gentes letradas se desentendiera de las creaciones de los filósofos que nos ocupan –oscuras sin duda ante sus ojos por las más perfectas de Platón o de Aristóteles– para que dejaran de ser copiadas y, por tanto, se perdieran irremisiblemente como tales obras. Tan sólo contamos, por lo tanto, para estos filósofos, con aquello que los autores conservados por la tradición han dicho de ellos, ya fueran citas literales, ya meras explicaciones o paráfrasis de sus teorías. Tenemos así un puñado de citas en Platón, en Aristóteles y sus comentaristas, y en autores de misceláneas (como Plutarco), así como en padres de la Iglesia, como Hipólito, entre otros. Por otra parte contamos con la llamada tradición doxográfica (del gr. δόξα «opiniones», en latín *placita*), retahíla de opiniones de los distintos filósofos, agrupadas bien por autores (como la obra de Diógenes Laercio, un divertido agregado de verdaderas ideas con anécdotas y cotilleos diversos), bien por temas, como es el caso de Aecio. En último término la tradición doxográfica deriva de una obra de Teofrasto, denominada *Opiniones físicas*, que se nos ha perdido y que trataba de ser una especie de historia de la filosofía, muy influida por el pensamiento de su maestro, Aristóteles. Para nuestro es-

tudio hemos de conformarnos con este conjunto de fragmentos literales y de referencias de segunda o tercera mano –a menudo escasamente fiables–, lo cual evidentemente distorsiona en muchos casos nuestra visión sobre cada autor, que depende de lo que el interés de otros, cuando no el puro azar, ha querido salvarnos de una producción muchísimo más extensa.

3. Los presocráticos, en la transición entre especulación mítica y racional

Es afirmación frecuentemente repetida la de que los griegos en un momento determinado se liberaron de la especulación mítica, característica de todos los demás pueblos de la antigüedad que los habían precedido en la historia, y emprendieron por vez primera la aventura de organizar un pensamiento sobre bases racionales. Como tantas otras, es ésta también una afirmación que requiere ser matizada. Desde luego que la especulación mítica es más antigua que la filosófica, y en algunos aspectos es cierto que se produjo una transformación de una a otra en el período que nos ocupa. Pero no es menos cierto que ambos terrenos se mantuvieron por caminos paralelos durante siglos y que no se trató en modo alguno de una pura sustitución radical de uno por el otro. Quizá conviene, antes que nada, que tracemos, siquiera sea someramente, las analogías y diferencias existentes entre especulación mítica y racional. Ambas son, en efecto, actividades con algo en común; son obra de un ser pensante, el hombre, que trata de interpretar racionalmente la

realidad y de comprenderla. En ambas se trata de reducir la variada complejidad, aparentemente caótica, de los acontecimientos del mundo a un esquema ordenado, en el que son fundamentales las relaciones de causa a efecto. En una y en otra se trascienden, pues, las limitaciones del aquí, del ahora y de la experiencia personal, para intentar elaborar un marco de referencia más amplio, en el que se inserta el pasado con el presente, y se considera al mundo en su totalidad como objeto de consideración. En los dos casos se abordan los grandes temas: el origen del mundo y la forma en que pasó de ser como era a ser como es, el origen de los dioses y de los propios hombres y cómo y cuándo nacieron unos y otros. En suma, se trata de dar una respuesta a cómo fueron y cómo son las cosas y, sobre todo, por qué las cosas son como son y no de otro modo.

Esta coincidencia básica explica que, cuando se emprendió la aventura de interpretar racionalmente el mundo, el punto de partida fue necesariamente la especulación mítica anterior, en especial la de aquellos autores que, como Hesíodo, habían recorrido ya un cierto camino en esta vía de tránsito y habían llegado a elaborar complejos míticos muy organizados.

Con todo, las diferencias entre una forma de pensamiento y otra no son menos considerables que las analogías.

En primer lugar, el mito es concreto y la especulación filosófica es abstracta. Lo que se narra en el mito es un pequeño conjunto de acontecimientos concretos que se supone que ocurrieron en un lugar y momento determinados y cuyos protagonistas son un número limitado de

personajes con un nombre. Así, por ejemplo, mientras que la tierra para los filósofos es algo similar a lo que es para nosotros, para el mito es un personaje con sentimientos, que se expresa y habla con otros seres.

Por otra parte, el tiempo en que transcurrieron los acontecimientos míticos es también él mismo un tiempo mítico en el que ya tuvieron lugar todas las cosas, frente a nuestro tiempo profano en el que sólo cabe repetir lo que ya ocurrió en el tiempo mítico. Es por tanto una pura negación de la historia, ya que los acontecimientos de cada día no constituyen sino una repetición de hechos o actitudes ya acontecidos un día para siempre jamás, que nos limitamos a repetir. En la filosofía, en cambio, el tiempo en que ocurren los acontecimientos es el mismo que el nuestro, y los hechos que se producen se renuevan de continuo. De ahí que el pensamiento filosófico surja al mismo tiempo que el pensamiento histórico, en las mismas fechas y en el mismo ámbito cultural, las colonias griegas de Asia Menor. El primer historiador, Hecateo, es también de Mileto, como Tales, el primer filósofo.

Pero, volviendo a las diferencias entre pensamiento mítico y pensamiento racional, el mito nunca lo explica todo, no está cerrado en sí mismo. Nos narra una historia llena de sugerencias y evocaciones que apela sobre todo a nuestra fantasía y a nuestra imaginación. La filosofía en cambio pretende una lectura única. Apela a la razón y a la lógica y lo que dice es prácticamente todo lo que quiere decir. Ello trae como consecuencia que sea asimismo diferente la manera de expresar unos y otros contenidos del pensamiento: el vehículo normal del mito

es la poesía; de ahí que sus términos tiendan a ser expresivos, a sugerir, a huir de la precisión, para facilitar una lectura múltiple, mientras que la filosofía tiende a que sus términos sean unívocos, a crear una terminología precisa, un lenguaje en que cada palabra sólo signifique una cosa, de manera que el contenido expresado sea unívoco. La metáfora, por ejemplo, sería en principio ajena al pensamiento racional.

Por último, y lo que quizá sea fundamental, el pensamiento filosófico trata de explicar cómo es el mundo. El mito lo que intenta demostrar es que el mundo es como es porque debe de ser así; en el ámbito del mito, el orden actual del mundo, logrado generalmente tras un estado anterior de confusión, es el único de los posibles, ya que, si algo no fuera como es, las consecuencias serían desastrosas. En tales condiciones, el mito constituye una defensa del orden establecido, mientras que la filosofía puede contener –aunque no necesariamente ocurre así siempre– un fermento revolucionario.

Históricamente conocemos la especulación mítica de los griegos a partir de los textos del siglo VIII a. C., es decir, los poemas de Homero –*Iliada* y *Odisea*– y los de Hesíodo –*Trabajos y días* y *Teogonía*–, a más de un puñado de fragmentos y noticias sobre otros poemas contemporáneos, hoy perdidos para nosotros. La tradición mítica es sin embargo anterior, e incluso sabemos que en Mesopotamia y otros países del Próximo Oriente se narraban mitos en fecha mucho más antigua, que han influido sobre los autores griegos. En la evolución del pensamiento griego, el interés de autores como Hesíodo por organizar los mitos, forzándolos en ocasiones hasta el ex-

tremo de convertirlos en una pura alegoría, encubre un pensamiento ya muy próximo al racional. Detrás de su catálogo de dioses y mitos se halla ya un esfuerzo por especular sobre los orígenes del mundo. Por su parte, los líricos investigan sobre la naturaleza del hombre y se plantean poéticamente profundos problemas.

Pero es en el siglo VI cuando vemos originarse las primeras manifestaciones del pensamiento racional. Concretamente ello ocurrió en Mileto, una próspera colonia comercial jonia en Asia Menor, que mantenía amplias relaciones mercantiles con los más diversos enclaves del mar Negro, Mesopotamia, Egipto y el sur de Italia. Da idea de su pujanza el hecho de que de ella, a decir de los antiguos, dependían otras noventa colonias. En este ambiente cosmopolita, de ciudad «nueva», separada de las tradiciones consuetudinarias y abierta al tráfico, no sólo de mercancías, sino también de ideas, y con la suficiente prosperidad y ocio como para propiciar la afición por la especulación intelectual, aparece la figura de Tales, primero de una serie de pensadores que pasaron a la historia como los primeros filósofos.

Estos intelectuales fueron abandonando progresivamente las soluciones mitológicas tradicionales e investigaron de forma desacralizada sobre los problemas del origen y la naturaleza del mundo. La fe religiosa se vio poco a poco sustituida por una fe científica. Aunque se seguía intentando hallar, como hacía el mito, una unidad detrás de la multiplicidad, esa unidad que se buscaba estaba progresivamente despersonalizada.

Las condiciones históricas en que tales fenómenos se produjeron son sin duda demasiado complejas para de-

sarrollarlas aquí en detalle, pero cabe hacer mención de las que creo más importantes.

En primer lugar, hubo una condición básica. La religión griega carecía de dogmas y de una casta sacerdotal encargada de mantener la ortodoxia, como sucedía en otras culturas. De ahí que cualquier novedad que se produjera en el campo del pensamiento no chocaba, en principio, con ninguna ideología religiosa intransigente.

En segundo lugar, hay que contar con el enorme número de movimientos migratorios de los griegos en los siglos VIII y VII a. C. Éstos traen como consecuencia el desarraigo de las tradiciones locales al fundarse asentamientos humanos de nuevo cuño. No olvidemos que la filosofía no surge en las ciudades más antiguas de la Grecia continental, sino precisamente en tierras de emigrados: las colonias griegas de Asia Menor (Mileto, Éfeso, Colofón) y, en el otro extremo del Mediterráneo, en el sur de Italia. Por esas mismas fechas comienzan a escribirse las primeras legislaciones, y ello no es por casualidad. De la misma manera que una ciudad tradicional administraba justicia de forma consuetudinaria, sin leyes fijas, siguiendo los moldes por los que lo había hecho tradicionalmente, se guiaba asimismo ante los problemas generales por presupuestos míticos. Legisladores y filósofos realizan, pues, actividades paralelas. En ambos casos se intenta hallar nuevas respuestas, ahora sobre bases racionales, a las necesidades de la vida social.

De otra parte, esas mismas migraciones provocan que el mundo griego entre en contacto con otras ideas y enriquezca sus puntos de vista. Recientemente se ha estimado en mayor medida el influjo de las culturas indoira-

nias en el desarrollo del pensamiento jonio. No olvidemos que Mileto, la cuna de la filosofía, es una ciudad fronteriza con el ámbito cultural indoiranio.

Hay asimismo otro motivo, si se quiere menos decisivo, pero que tiene su importancia: el ensanchamiento del escenario geográfico producido por las migraciones y las búsquedas de nuevos centros comerciales hace preciso un conocimiento menos primario de las rutas, de los diferentes lugares y del carácter de sus habitantes. Es entonces cuando se confeccionan los primeros mapas, que sustituyen la geografía mítica que aparece, por ejemplo, en la *Odisea*, por una geografía real, auténtica, progresivamente más perfecta, para facilitar las navegaciones. Todo ello obliga a una imagen del mundo menos mitológica, más positiva.

Prueba de que estas actividades –la del legislador, la del filósofo, la del geógrafo– están íntimamente relacionadas es que uno de los primeros filósofos fue a la vez legislador y geógrafo. Sabemos que Anaximandro marchó al frente de una colonia de los milesios en Apolonia y que él mismo confeccionó un mapa del mundo conocido, en el que luego se inspiraría su compatriota Hecateo y del que derivarían, en sucesivas transformaciones, los posteriores.

Ahora bien, el hecho de que estos primeros filósofos hayan dado el gran salto de intentar sustituir la confianza en las viejas respuestas míticas por una nueva forma racional de abordar la comprensión del mundo no debe hacernos caer en el espejismo de pensar que Grecia se convirtió de golpe de una forma de pensamiento a otra. Baste recordar para convencernos de lo contrario que en

pleno siglo V Anaxágoras debió abandonar Atenas acusado de impiedad (por creer que el sol era una piedra incandescente) y que, ya en el umbral del siglo IV, Sócrates es condenado a muerte bajo la misma acusación.

Pero no sólo se trata de algo tan obvio como que no todos los griegos fueron filósofos y que las ideas filosóficas, compartidas por un conjunto no muy amplio de intelectuales, coexistían con un pensamiento aún mítico profesado por la mayoría de la población. Es que la sustitución de pensamiento mítico por pensamiento racional no fue ni total ni rápida. Merece la pena que nos detengamos en esta cuestión.

En primer lugar, hay que destacar un aspecto curioso: durante generaciones los primitivos filósofos no abordaron o dieron por sentados una serie de temas, que eran precisamente aquellos a los que el mito daba más cumplida respuesta. Entre ellos puedo citar la naturaleza de la divinidad, la relación entre mortalidad e inmortalidad, el sufrimiento, la muerte, las relaciones entre naturaleza y cultura o la ética. Efectivamente, los filósofos jonios se interesaron de forma primordial y prácticamente exclusiva por el mundo físico. Luego fue la divinidad el segundo tema en verse tratado por la filosofía, si bien de forma ocasional y precisamente por un autor cuya auténtica condición de filósofo se discute: Jenófanes de Colofón. Por el contrario, los grandes temas de la existencia humana o aspectos tan fundamentales como la ética se ven en estos primeros momentos abandonados al mito o a la especulación poética, no necesariamente mítica. Las más brillantes consideraciones sobre la condición humana, el esfuerzo, la necesidad de afrontar la adversidad, el reco-

nocimiento de las limitaciones del hombre, las relaciones entre las personas y las ventajas y peligros de la cultura no se hallan precisamente en los primeros filósofos griegos, sino que pueblan desde muy pronto las composiciones de los líricos, generalmente ilustradas con bellísimos ejemplos míticos, y aparecen luego en el teatro ático, en boca de los viejos personajes de la saga.

Pero no es sólo que se haya producido una cierta distribución de temas entre la filosofía y la poesía. Es que las formas, e incluso los contenidos del mito, perviven en las primeras y no tan primeras manifestaciones filosóficas. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero cabe adelantar los más significativos. Cuando Tales afirma que todo se origina en el agua y que la tierra flota sobre el agua, no hace más que continuar, traduciéndolos a un nivel racional, los viejos mitos de Océano y Tetis como padres primigenios, o antiguas narraciones del Oriente Próximo según las cuales la tierra se formó como una balsa sobre el agua. El *ápeiron* de Anaximandro tiene mucho de divino: de él se dice, como de los dioses de la épica y con las mismas palabras, que es «inmortal y no envejece». Además los contrarios que surgen de él «se pagan mutuamente pena y retribución por su injusticia», como si fueran personas. En cuanto a Parménides, compone una obra de contenido racional con finas argumentaciones y toda clase de recursos lógicos, pero en verso épico, con fórmulas literarias y con un proemio que tiene más que ver con la imaginería de la épica y de la lírica que con la filosofía. Todo ello por no referirnos al hecho de que, en una época en que el pensamiento filosófico se hallaba ya firmemente asentado, Platón hace amplio uso

del mito en puntos cruciales de la exposición de su doctrina.

En suma, mito y logos no fueron dos estadios sucesivos cuya frontera se cruzó súbitamente y para siempre con Tales de Mileto, sino dos estadios que, a partir de este primer filósofo, coexistieron durante siglos, se interrelacionaron y se complementaron. El pensamiento filosófico fue invadiendo poco a poco los terrenos del pensamiento mítico, pero siempre hubo unos reductos en los que la sustitución no pudo producirse y en los que el mito quedó aún como vehículo indiscutible. Sólo a la luz de esta tensión entre lo mítico tradicional y lo nuevo racional cabe entender correctamente a los llamados «filósofos presocráticos».

4. Los contenidos de la filosofía presocrática

Los filósofos presocráticos habían heredado de la poesía –único vehículo de transmisión de ideas en los primeros siglos de la historia griega– una visión del mundo relativamente elaborada, si bien sobre bases míticas. La tierra, plana, ocupaba el centro del mundo, bajo el techo de un cielo sólido y de su misma extensión. Ambos, con frecuencia, eran concebidos como seres animados, entre los cuales incluso cabían las relaciones sexuales. Entre ellos mediaban dos capas superpuestas: la inferior, de aire (tenido por más espeso y neblinoso), y la superior, de éter, más límpido y a menudo considerado ígneo. Bajo la tierra se hallaba el Tártaro, espacio tenebroso y oscuro. Circundaba la tierra un río primordial, llamado Océano.